

Capítulo 10

LOS CINCO ASCETAS

Sidarta viajó por caminos enmarañados de madre selvas, bejucos y hojosas enredaderas. Un día mientras caminaba tornó a mirar hacia un lado y vio unos seres que parecían sombras. Eran cinco penitentes que habían renunciado a todo.

La piel seca les dejaba entrever todos los huesos y no se advertía ningún movimiento en ellos; sin dientes, algunos casi ciegos, desencajados y sucios. Por mucho tiempo habían semivivido allí.

La gente decía que no eran seres vivientes sino cosas; y otros consideraban que "esas cosas" eran menos que nada.

Algunos les daban rabia al verlos y les tiraban cáscaras y frutas podridas las cuales los penitentes recogían con humildad, las bendecían antes de comerlas y, después, pedían gracias a los dioses para quienes les habían obsequiado tan exquisito alimento.

Habían aprendido a devolver el bien por el mal, así como el árbol sándalo perfuma el filo del hacha de quien lo ha herido, así como el árbol no le niega su sombra al leñador que lo abatirá algún día, y así como la flor le brinda su aroma a quien la ha arrancado de su tallo, así aquellos seres bendecían a quienes los humillaban.

El príncipe se acercó a ellos y les preguntó:

— ¿Por qué llevan a tan hondo extremo de miseria sus vidas? Yo que soy un mendigo me veo ante ustedes como un príncipe.

Los ascetas le respondieron con voz entrecortada:

—Porque hemos buscado la verdad por mucho tiempo sin lograr encontrarla, pero la verdad no es posible entenderla con las sabias palabras de ningún maestro, la verdad no puede escribirse ni enseñarse.

—Sabemos que el cuerpo estorba al entendimiento perfecto porque es la fuente de avaricia y vanidad. Todas las pasiones se dan cita en la carne, por ello la torturamos y la despreciamos hasta que algún día nos deje el camino libre al entendimiento perfecto de la verdad.

— ¿Por qué sienten orgullo el hombre fuerte y la mujer hermosa si, debido a esos cuerpos, aparentemente limpios, tienen que construirse alcantarillas? Más que acicalar el cuerpo, es el alma la que tenemos que enjabonar y echar en remojo.

—Nacimos el día que encarcelaron nuestro espíritu y moriremos el día que nuestra alma pueda otra vez volar.

—En consecuencia, la vida eterna se logra por la renunciación a la vida terrena y sólo será libre quien domine sus pasiones; porque los deseos indómitos son los ejércitos del dolor.

—Cada uno atiza las brazas de su propio fuego y cae más bajo quien más alto sube. Por eso somos menos que todos.

—El mejor medio para u engañarse es creerse superior a los demás; y sabemos que, quien mucho desea todo le falta; en cambio, el que tiene mucho adentro necesita poco afuera —Concluyeron los ascetas.

Sidarta encontró atinados aquellos planteamientos y se unió a ellos.

Desde entonces fue el más estricto en todos los ayunos y prácticas ascéticas. Dormía junto a los cadáveres putrefactos para tratar de entender el fin de toda carne y curarse definitivamente de toda vanidad.

Todos ellos comían frutos descompuestos y excrementos secos de aves; se cubrían con cenizas de las piras y soportaban alegremente el frío y la humedad del bosque.

No se llamaban por sus nombres para no estimular su ego falso sino que permanecían como sombras vivientes que apenas respiraban.

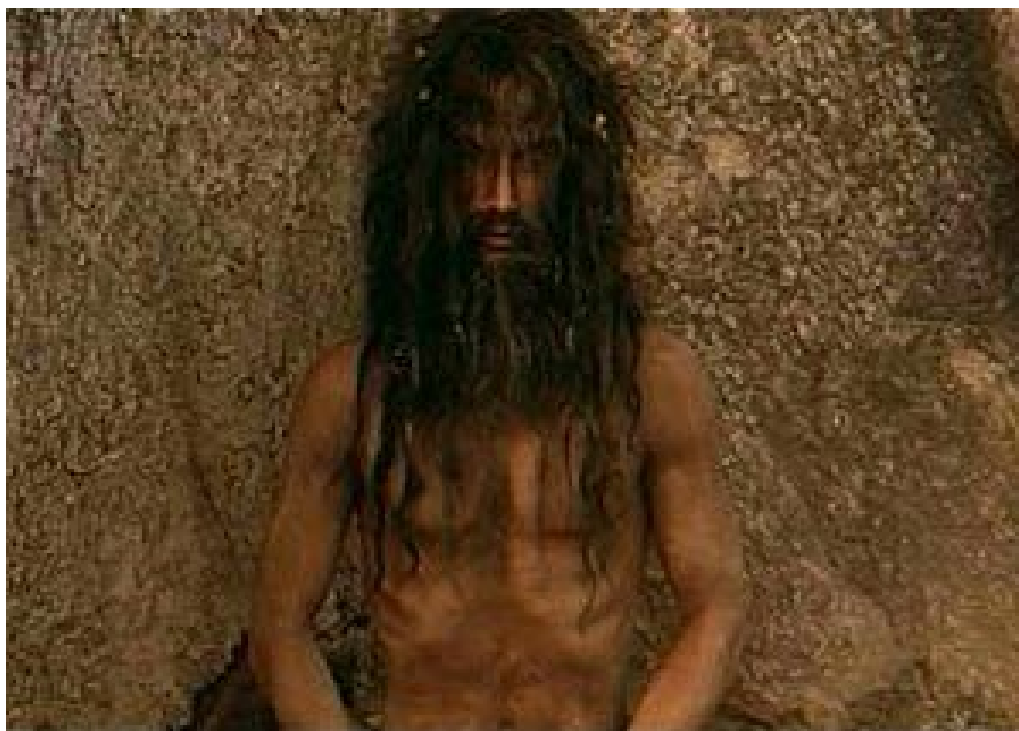
Fue tan estricto Sidarta en sus prácticas que los otros penitentes lo nombraron maestro. Así permanecieron durante seis largos años en espera de obtener la iluminación que borrara sus dudas.

LOS PASOS DE LA MUERTE

Una noche de marzo la Luna no apareció en el firmamento y las sombras espesas se absorbieron las estrellas. Sidarta se sintió muy débil.

Había agotado sus últimas reservas vivientes y sintió toda la noche cómo lo rondaban los pasos traicioneros de la muerte.

En su mente se hicieron presentes las imágenes de su adorada Yasodara quien lloraba amargamente, su hijo a quien no vio crecer, su padre que le amaba y todos los que le rogaban que volviera.



El príncipe sintió una amargura tan intensa que le desgarró el alma. Un alma que había hecho todo por encontrar la verdad y había fracasado rotundamente.

Solamente le quedaban pocas horas de vida. En estas dolorosas condiciones vio la luz de la mañana, la última que vería.

Un destello de Sol besó su cara. Venía a despedirlo antes de que emprendiera el nuevo y largo viaje hacia la oscuridad ignota, lejos de la tierra. Sintió sed pero no pudo levantarse. Pidió a sus compañeros que lo llevaran hasta la orilla del río.

Ellos también, sin fuerzas, comenzaron a arrastrarlo lentamente. Fue un macabro espectáculo: cinco espectros humanos arrastrando un semicadáver para arrojarlo al río.

Unas cantoras y bailarinas del templo de Indra que alcanzaron a pasar por allí detuvieron el sonar de los alegres tamboriles, las campanillas y la cítara, para ver el deprimente espectáculo.

Lo que no sabían era que ese despojo humano era el primogénito de Su Majestad el rey Sudodana.

El legendario y poderoso príncipe Sidarta, dueño de tres palacios y heredero de un imperio que se extendía hasta donde no alcanzaba la vista más aguda, moría de hambre y sed en la forma más lamentable de pobreza y abandono imaginables.

Una vez fue arrastrado hasta la orilla del río, los ascetas le dieron agua, lo ayudaron a sentarse y apoyaron su espalda sobre un leño. Difícilmente bebió algo y se reconfortó; pero les pidió a sus amigos que lo dejaran allí para enfrentarse solo con la muerte.

Quería dejarle a los buitres sus últimos 40 kilos de carne y huesos que le estorbaban. Estaba agobiado por su fracaso y lágrimas abundantes bañaron su reseco rostro.

— ¿Cómo terminar con este suplicio de vivir utilizando esta misma vida? —Se preguntaba.

En esos momentos de angustia, un barquero alcanzó a detenerse muy cerca de la orilla del río donde se encontraba el del hijo del rey; sin notar la presencia del moribundo, comenzó a enseñarle a su hijo a reparar el mástil que se había soltado.

—Hijo: si aflojas mucho la soga, ésta no se sujetará al mástil y si, la templeas demasiado, se reventará. Al escuchar esto Sidarta exhaló un suspiro que resonó en la eternidad... salió de su ensimismamiento.

— ¡He recibido la mejor enseñanza de mi vida! — Dijo para sí—.

En ese momento se le acercó una de las bailarinas cantoras quien tocaba una cítara.

—Qué te pasa buen hombre —le dijo— veo en ti juventud y en tu rostro desencajado se notan rastros



de ser noble y bello. Dime ¿por qué estas en este estado tan lamentable? —El mendigo le respondió:

—En un tiempo aflojé demasiado la cuerda de mi vida y no obtuve felicidad; ahora la he apretado demasiado y está a punto de reventarse.

—Eso es— respondió la bella cantora y agregó:

—Cuando yo aflojo mucho las cuerdas de mi cítara la música enmudece; y cuando templo demasiado las cuerdas se revientan. **Es en el punto medio** donde producen las más bellas melodías. Alimenta tu cuerpo, aquí tienes cuajada de leche, almendras y miel.

Sidarta recibió los alimentos y la cantora se alejó con sus compañeras. Al poco rato Sidarta se incorporó. Su única enfermedad era el hambre.

Con ella había hecho un viaje a los linderos pegajosos de la muerte de los cuales escapó airoso. Se dirigió a los ascetas pero éstos no lo determinaron.

Su maestro había cometido los dos mayores pecados para ellos: Hablar con una mujer y recibirle comida opulenta. Sin embargo Sidarta les habló:

—Quienes se apresuran demasiado acaban por tropezar. Sabemos que las personas, si no se alimentan, mueren de hambre. Y con la destrucción del cuerpo no se consigue la paz total. ¿Acaso alguno de nosotros ha encontrado ya la verdad?

—He descubierto la máxima enseñanza —les aseguró: —El camino del medio es la solución. Los ascetas se alejaron, su maestro había fracasado.

El príncipe volvió al río y tomó un baño. Una resolución inquebrantable lo animaba y sintió nuevas fuerzas.

Se dirigió al poblado a mendigar alimento sólido que le restituyera su cuerpo, imprescindible para la lucha contra la ignorancia. En el trayecto pensó:

—Muchas veces lo que parece una equivocación es el comienzo de un resultado maravilloso. la peor derrota es la de quien se desanima.

—De ahora en adelante todo paso que dé, aunque sea corto, lo convertiré en una conquista. Sidarta continuó tembloroso su viaje.

LOS PASOS DE LA VIDA

Esa tarde en la Naturaleza se notaba un ambiente de fiesta. Las mariposas daban saltos de alegría en alegría y el viento templado hacia danzar las copas de los árboles. A la vez surgía en el alma de Sidarta una nueva esperanza de alcanzar la meta. Aún no había fracasado.

Un cuerpo débil y tambaleante, empujado por un alma fuerte, poderosa y decidida, se dirigía al visible pueblo de Varanasi para mendigar alimento.

Allí permaneció el hijo del rey varias semanas hasta que su cuerpo se había recuperado. Reconoció la inutilidad de las mortificaciones para conseguir la liberación.

—He sido el más estricto y severo asceta Llegué hasta las últimas consecuencias y no conseguí nada.

—Quienes se mortifican quieren canjear penas por glorias y dichas en un cielo —pensaba para sí— pero lo que yo quiero es poner fin a todo el sufrimiento de las criaturas que bajo el cielo existen.

En el poblado oyó hablar de la región salvaje de Uruwelaya y pensó:

—Si en la compañía con los hombres no he logrado mi objetivo, en la soledad la encontraré.

Aunque le aseguraron que sería su fin si intentaba atravesar la tenaz llanura, Sidarta emprendió el camino que conducía a ella.

Tuvo que pasar de nuevo por el bosquecillo donde vivió con los cinco ascetas y, cuando éstos lo vieron, le dieron la espalda. Sidarta hizo caso omiso al desprecio y continuó su camino siguiendo la senda del Sol.

Los árboles de donde obtenía sus frutos fueron haciéndose cada vez más escasos hasta que, de repente, se encontró solo frente a la tenaz llanura de la muerte.

www.magnumastron.org